Poesía

Completa

Walter Adet

ibuk

Biblioteca de Poesía

Nota de los editores:

La presente edición incluye todos los textos poéticos de Walter Adet. Los mismos han sido recopilados y ordenados cronológicamente.

Agradecemos a Esther Adet por su generosa disposición a la hora de reconstruir la obra de su padre y por todo su afecto.

Agradecemos al poeta José Emilio Tallarico por su colaboración en la presente obra.

Marion Berguenfeld y Ramón Fanelli.

OBRA POÉTICA COMPLETA EN LA PRESENTE EDICIÓN

- En el sendero gris
- Canciones a una rosa (edición original en el “Cancionero argentino”)
- El aire que anochece
- Memorial de Jonás
- La casa donde soy
- Los oficios (Antología)
    - En el sendero gris
    - El aire que anochece
    - Memorial de Jonás
    - La casa donde soy
    - Balada de los ancianos
- El hueco

ibuk
Biblioteca de Poesía

Prólogo por Leopoldo "Teuco" Castilla
para la presente edición - 2015.

PALABRAS SOBRE LA OBRA DE WALTER ADET

“Walter Adet, las flores buscarán sus raíces

A la luz de una vela en tus sábanas.

Pronto a decirlo todo antes que el agua tenga sed de tu boca “

Este último verso de su poema *Con temblorosas manos* me devuelve la imagen de mi amigo, enorme hermano, cuando lo visitaba a las cuatro de la mañana para mostrarle un descalabrado poema que acababa de escribir. Él, con una paciencia y bondad infinita, me recibía noche a noche en un cuarto del fondo de su casa donde yo sabía que, invariablemente, estaría escribiendo poesía con un fervor incontenible. Hasta que amanecía. Así todos los días de su vida.

Esa vocación sin tregua comenzó con su primer libro *En el sendero gris,* publicado en 1962, cuando el poeta tenía 31 años. Eran tiempos de hermosa camaradería entre los artistas salteños. Los poetas se reunían a leer sus versos con la silenciosa pero alerta consigna de que ese oficio sólo admitía una entrega total, una autenticidad insobornable y riesgo y rigor en lo que se escribía.

Walter no cesó un instante de ser fiel a esas condiciones. Ni siquiera con los vaivenes económicos que lo llevaron a establecerse en Tucumán por algunos años, donde trabajó como periodista, época que yo, adolescente,

compartí con él, su familia y el poeta Jacobo Regen. Tucumán ardía. La insurgencia política y del arte eran el combustible de una nueva generación.

Si *En el sendero gris* primaba el verso emocionado por el paisaje familiar, ya se vislumbraba - como en el soneto *Los oficios*- la desgarrada hondura de su sensibilidad hacia los desposeídos. Después, en sus nuevos trabajos la palabra del poeta comenzó a descarnarse hacia un registro más amplio. En *El aire que anochece*, su segundo libro, se abre, vulnerado, en un intocable -e impecable- vuelo poético, que habría de adquirir afirmación y decidida potencia en *Memorial de Jonás*, libro crecido en el canto donde Adet somete la voz bíblica, su leyenda, a la denuncia del horror y miseria de esos años que ya preanunciaban la dictadura militar que se cernía sobre el país. La suya era – como lo sería a lo largo de toda su vida- una voz armada de desolación por el destino de los hombres.

Leerlo es entrar a fondo en ese desamparo que iría creciendo con una intensidad tan abismal como hermosa, que la hace casi única entre los poetas de su tiempo. Y es que Walter parecía escribir alumbrando todo con la luz de sus huesos, con el corazón entristecido y violentado por tanta miseria humana.

Es uno de los poetas más grandes y, también , más olvidados de su generación en nuestro continente. Tal vez porque trabajó con una dignidad sin concesiones. Obra y vida en él fueron una sola llama en la que ardió hasta sus últimas consecuencias. Por eso al leerlo se lo ve entero, en cada poema, todos sus días y en cada línea, a veces casi susurrada, latiendo sin eufonías, un frente de tormenta.

La casa donde soy y *Los oficios*, dos volúmenes de una tensa y conmovida transparencia, preceden a *El hueco*, su último libro, donde la poesía construye con el material de su propio vórtice, páginas de una delicada y profunda ferocidad. Hay un poema, entre muchos otros suyos, que quedará para siempre:

SOBRE LA PIEDRA

Soledad de las casas
atrincheradas en sus cimientos
contra el avance los caminos invasores.
Soledad de los cuerpos
sobre la piedra de la morgue,
el único salón de exposición,
la única muestra
donde la forma está en el fondo.

Hizo este camino escribiendo también ensayos perdurables como la historia literaria de su provincia, uno titulado *El escudo de Dios* y otro sobre César Vallejo -poeta al que admiraba - además de múltiples ensayos en periódicos.

Después de decirlo todo, se quitó la vida el 9 de octubre de 1992. Tenía sesenta años.

Leopoldo "Teuco" Castilla

EN EL SENDERO GRIS

SONETOS

Edición original:
Ediciones CEPA / Salta, 1962.

A Esther

La boca en una brizna
sorbiendo la pradera.

Padre Carpintero

A Manuel Gonzalo Casas

Dio virutas de cedro su garlopa
cuando asentando nuestra casa pobre
fueron sus manos, del pisón de cobre
a los muebles, lustrados por su estopa.

Y el pan casero y una humeante sopa
bastaron a su almuerzo, sin que sobre,
y el agua pura como la salobre
que humedeció su polvorienta ropa.

Buen tiempo que pasó. Ya casi anciano
preside nuestra mesa con su obrero
ordenar de herramientas y formones.

Y ya jamás me asombrará su mano
como en mi infancia ¡padre carpintero!
recortando a serrucho los tablones.

Madre

A Julio Espinosa

Mi madre, enferma en su batón raído,
se demora y ausculta en la penumbra
si la vajilla del hogar relumbra
y si estoy bien tapado y ya dormido ...

Abre la puerta, sin hacerme ruido,
y con la última lámpara que alumbra,
a media luz mi corazón columbra
un jirón de mortaja en su vestido.

Pero siento que todo se me aleja
y no sé darle ni un fugaz consuelo
entre tanto recuerdo que la olvida.

Y la estoy viendo, cada vez más vieja,
andar en su trajín barriendo el suelo,
preparando la ropa y la comida ...

Poesía

A Manuel J. Castilla

Llevo un río de sangre desmedida
golpeándome las manos y las sienes
por anegarte... Pero no me vienes;
errabunda de mi, tierra perdida ...

Intacta de una edad desvanecida,
mensajera en rubores, te detienes
en las aves de urgencia con que tienes
para el alma, noticias de otra vida.

Ciega en aguas de turbia trayectoria,
clamorosa vertiéndose al destinio,
pesada de tu arena, va mi suerte.

De ti guardo un aroma en la memoria,
una rama de sombra en el camino
donde el polvo pregunta por la muerte.

Medallón

A Jorge Moreno

Porque soy hijo de una Salta quieta
tengo voz lenta y ademán tranquilo,
y me saluda, en familiar estilo,
su gente, que respeto y me respeta.

El hombre que hacha, la mujer que hila,
a veces me visitan y en secreto
al oído me dictan un soneto,
por ser la forma que mi pulso estila.

En las veredas que la edad agrieta
están el claustro donde fui pupilo,
y la fachada y el portal de asilo.

del caserón en que murió el poeta,
y amo el verso que claro se interpreta
en tanto pende mi vivir de un hilo.

Amor

Panita

Eres, amor, como una estrella rota
recogida en el hueco de mis manos,
devastada de azules y lejanos
vientos de eternidades en derrota ...

De ti pugna la flor que no me brota
en capullos de pétalos humanos,
¡de tu larva de llanto entre mis manos me
duele el corazón un ala ignota!

Tu jornada* mi cántaro rezuma,
que es arcilla agobiada de otra fuente
entre ceniza y pedregal y bruma,

y ya en pañuelos que tu mano ardía
desfalleces de ausencia por mi frente
tanto surco de sangre en lejanía!

_____

* En el ejemplar del autor aparece, manuscrita, la corrección: "Por tus poros". La versión final sería entonces: "Por tus poros mi cántaro rezuma".

Israel

Canto por tu esperanza cristalina
que me soñó colono en su alborada,
y por un niño, muerto en tu mirada:
el que pudo nacer en Palestina ...

Por su frontera rubia de neblina
y el árabe y su ronda desvelada
y el fusil en la mano por la helada
cargado con mi sangre masculina.

Por el ancla del sueño sin su arena,
ni tu eslabón de sangre en la cadena
ceñida en férreo cinturón de puerto;

por nuestro paso aquí, sin su distancia,
ni el hijo de tu carne, con fragancia
de una flor arrancada a su desierto.

Infancia

Ya no recuerdan los ingenuos motes
que se daban entre ellos mis amigos,
por esas correrías sin testigos
olvidados de enmiendas y de azotes ...

Los caballos de palo con sus trotes
subían por la parva de los trigos,
y a la ronda prestaban sus abrigos
los algarrobos en primeros brotes ...

Se perdieron jugando a la escondida
y es inútil gritarles por sus nombres
pues me dejan muy solo con mi vida,

y aun espero que salgas y me asombres
Juancho, Pedro ... ¡Ninguno se me olvida
a pesar de ser malos y ser hombres!

El ciego

A Manuel Collavino

Yo, que muevo la vida sin mirada,
de ojos cavo mi piel, labro y demando
que en las yemas la luz me va quemando
como un tacto de hielo la jornada.

Entre ajenos rumores la alborada
va los tallos del día desnudando,
y me queda las manos devorando
con las rosas abiertas a la nada.

Esparcida en latidos y humaredas,
llevo prieta la noche de pulgares
como un viento de rojas telarañas.

Sepultada la frente de alamedas,
entre cuencas vacías y collares
erizados de rígidas pestañas!

Esta hora

Esta hora de herrumbre corroída,
de persistente escombro amontonado,
mendrugo que me da, desmantelado,
este quehacer por sostener la vida.

Este quehacer por sujetar la brida
y andar al par de los que van al lado.
Y este aguardar por los que se han quedado
con la sangre sin voces, detenida.

Mala certeza de saberme triste
porque mi sangre de otra piel se viste
y en otro pie se yergue y otro paso.

Con alto cerco me cercó la pena
cuando la estrella de la Nochebuena
pudo en su viento sacudirme el brazo!

Palabras en la tarde

«Hice todas las puertas y ventanas
-dijo mi padre, señalando en torno-
no quise tallarles ni un adorno
para dejarme de tareas vanas ...

Cuando pintando mis primeras canas
con la madera engalané el contorno,
a las siestas caldeaban su bochorno
en las chapas de zinc, las resolanas ...»

Después aun hizo alguna confidencia
al buen amigo que llegó, de paso,
mas yo sé mucho más de lo que dijo

y conozco el silencio y la paciencia
con que forjó su cofre de fracaso
para guardarme a mi, que soy su hijo.

Los oficios

A Tulio Longhi

Porque yo sé también que el que trabaja
no se da tiempo para hacer dinero
y que cuando destape un agujero
lo tendrá que tapar con su mortaja.

Que le enseñaron a lustrar mi caja
pero no a preguntarme por qué muero
y que a veces por hombre y jornalero
con dos tragos asienta una migaja.

Que cuando yo me voy de una taberna
están su botamanga y su entrepierna
mostrando una costura descosida

y que con un remiendo en la mirada
dice que nunca juntaremos nada
porque todo lo echamos a la vida.

A un preso

En la penumbra, su mirada tensa
entre vendas de hierro se adelgaza,
y ronda el carcelero mientras pasa
la tarde afuera por la vida inmensa.

Cesa la ronda y al silencio piensa
prieto el recuerdo de encendida brasa,
y el pensamiento se le despedaza...
Cien ojos queman por la sombra densa.

Las horas crecen, numerosas y una;
vendrá más tarde a su jergón la luna
furtiva y blanca por el patio oscuro,

sobre un pétalo ajado de la brisa
con que la noche lame la ceniza
del día, asesinado junto al muro!

Y la boca del mar*

A Arturo Dávalos
que arrojó su ropa por la borda

Porque fuiste marino en el obraje
y en el mar obrajero y no marino,
cuando a pie desandabas un camino
te seguían el monte y el oleaje.

Y porque aquella piedra de molino
en el cuello le ataste a tu equipaje,
es que en el mar pudiste ahogar tu traje
y en su hueco tu sombra sin destino.

Y pues fuiste también cordero y lobo,
sagaz y simple, confidente y parco
y sediento y austero ante una jarra,

puede hoy ser una ola un algarrobo,
móvil un puerto, tierra firme un barco
y la boca del mar una guitarra.

---

* Una versión modificada de este poema aparece en *El Hueco (1992)*, con el título «Boca de mar».

Dios

A Marcelo Lona y Beatriz Néspoli

Te adivino en las cosas ocultado
y sé que estás, por sobre todo, cierto.
Sedentario en la piedra del desierto.
Viajador de la brisa y el tornado.

Que hilarás mi tejido deshilado
y al lado mío, bajo el pozo abierto,
te cubrirán de tierra y serás muerto
y conmigo otra vez resucitado.

Sé que urdes mi triste desatino,
que con mi yerro yerras el camino
y con mí fiebre tu mirada abrasas,

que me alimentas tú, que te alimento
cuando me arrastro desvaído y lento
tras la senda oculta donde pasas.

ꕥ En el sendero gris ꕥ

A Jacabo Regen

Busco tu huella por el claro día
y por la noche de lunar asombro,
por tu mano, sentida sobre el hombro,
y tu pie, compañero de mi vía;

busco tu blanco fuego en mi agonía
quemando el labio con que no te nombro,
arquitecto en el tiempo de mi escombro,
dulce alfarero de la vida mía.

Apenas puedo presentirte ahora,
es mi vida un cegado desconsuelo
y un torpe anhelo que en la voz me llora,

y te busco, extraviado y a deshora,
¡que es mi tiempo de errar bajo del cielo
hoy, desterrado de tu eterna aurora!

Por la tierra y el cielo,
con las manos del agua entre los tallos
te busca mi desvelo;
y me cabe en la boca todo el suelo
si te arrasan de verde los caballos.

El recuerdo

En mi piel y mis huesos me extravío,
y por instantes ¡ay! se me figura
que le doy, con mi mano, sepultura
al ayer, que aún yace dentro mio...

Mas está sin llegar, siempre tardío,
el amor en que todo se conjura
para llorar... La muerte ya se augura
y será el corazón músculo frío.

Entre papel y frase que destruye,
repasando el dolor voy con mi Fáber
y en su punta quebrándome convulso,

y, cuando el hilo del recuerdo fluye,
por mi sangre y a tientas un cadáver
avanza, diluyéndose en mi pulso.

En el sendero gris

Irina

En el sendero gris, era mi alma
por el invierno de celaje yerto,
que fingía ceñir trémula palma
de neblina, en los árboles del huerto ...

Meditaban las horas ... y su calma
llegó a mi vida en el trajin desierto,
y fue tu acento sepultando en mi alma
su garganta* de pájaro ya muerto.

Recordaba tu voz, que otrora fuera
en mi garganta caudaloso río,
nieve de lirios, mármoles de hoguera.

Y ya en el alba de ceniza y ola
vi, corazón, copiada en el rocío,
tu palabra de ayer, llorando sola!

---

* Corrección manuscrita: «nostalgia».

CANCIONES A UNA ROSA

Edición original: Cancionero argentino, Burnichón, Córdoba , 1966.
Contiene un dibujo de Roberto González y viñetas
de Enrique Sobisch y Luis Saavedra.

A Mario Ernesto Villada

*A una rosa**

Oh rosa, que a la cima de tu tallo
asomas, requiriéndole a la hierba,
la gota de rocío que aún conserva
el fondo de los ojos del caballo.
W.A.

---

* Este epígrafe es incluido como poema en *El aire que anochece* (1971)

Qué harás con tu formón*

Qué harás con tu formón,
con tu taladro,
cribando contrafuerte y alfajías
y con el garlopín cavando estrías
en el cebil, para enmarcar un cuadro;
¡padre mío, qué lejos de ti ladro
a coro, con las perras agonías!
Mi niñez, que a tu sombra vío sacudir los trenes,
era la mano de una fuente viva,
para siembre virgen de la tierra.

Soy yo,
que ni una fotografía guardo de tu pelo,
que voy, bajo esta capa de niebla,
entre tus valses con la muñeca de lustrar,
y que pegando el rostro a los cristales
del corazón te veo,
cuando la lluvia baja gota a gota
al espacioso patio de los días.

Yo, cauteloso avaro
de la moneda que perdí en los pobres

y que una y otra vez,
otra vez y una
de rosa a espina voy,
de espina a rosa.

---

* Incluido en *El aire que anochece* (1971), bajo e1 título «Las tablas de la Ley».

Canción del albañil *

Eres dichoso, albañil,
puedes blanquear tu sombra en las paredes,
tocarle las mejillas
con polvos de albayalde,
maquillarla en la luz,
sobre el andamio.

Pero que no la pierdas encalada,
que bajo la cuchara
no te la olvides, luego,
tapiada y agrietándose,
vieja y descascarada,
a la espera del alba
y el añil de tus manos.

Un día, cuando mueras,
en cuántas casas se darán, de pronto,
con que una sombra más
vive en los muros;
y no habrá nadie
para alisarle las arrugas,
para cambiarle sábanas
y encenderle la cara,

con un toque de cal.

---

* Incluido en *El aire que anochece* (1971).

A un álamo en otoño *

Único álamo de oro,
primogénito del otoño.

Entre la doble hilera de intacto verdor,
es a ti a quien saludo.
Ellos tienen en sí un rumor de brizna,
temblor de vientre virgen
y brillan como una lágrima
bajo la luz fría del amanecer;
en cambio tú,
columna de humo yerto
bajo la cruz del sur,
estremeces mi alma de tanto aire fugaz.

Qué sabrías de mí,
y qué de ti mi corazón,
nervadura nostálgica;
ya los primeros pájaros
irrumpieron al verde,
y exhalas el más triste viento.

---

* Incluido en *El aire que anochece* (1971).

Ultima canción *

Hija mía, en tus ojos nuevos ríe
la luz, como los pájaros
en su vaina de pluma,
y quieren correr mundo desde las altas ramas
donde levanta el árbol
su basamento trémulo.

Una vez, estos míos
−ojos que ya la sombra despabila−
subieron de un envión
a su empinado pedestal,
miraron a la madre
guiar la enredadera
y prohibirle las hojas del rosal, a la hormiga.

Viajaron con el árbol
sin despegar los pies,
lo vieron irse, hundido,
buscando lejanías
y hoy resbalan cansados sobre estos fríos muros,
sobre estos paredones
que el tiempo entelaraña.

Tucumán, 1966.

---

* Incluido en *El aire que anochece* (1971), bajo el título «Desde las altas ramas».

EL AIRE QUE ANOCHECE

Edición original: Dirección de Cultura de la Provincia, Salta, 1971. La tapa y contratapa fueron compuestas sobre originales de Francisco Ruiz.

En la presente edición los siguientes poemas ya habían aparecido en *Canciones a una rosa*. Son ellos: «A una rosa», «A un Álamo en otoño», «Las tablas de la ley» (con el título «Qué harás con tu formón»), «Canción del albañil», y «Desde las altas ramas» (con el título «Última canción»).

a Panita
al Osito Falcón

A una rosa

Oh rosa, que a la cima de tu tallo
asomas, requiriéndole a la hierba,
la gota de rocío que aún conserva
el fondo de los ojos del caballo.

A un álamo en otoño *

Único álamo de oro,
primogénito del otoño.

Entre la doble hilera de intacto verdor,
es a ti a quien saludo.
Ellos tienen en sí un rumor de brizna,
temblor de vientre virgen
y brillan como una lágrima
bajo la luz fría del amanecer;
en cambio tú,
columna de humo yerto
bajo la cruz del sur,
estremeces mi alma de tanto aire fugaz.

Qué sabrías de mí,
y qué de ti mi corazón,
nervadura nostálgica;
ya los primeros pájaros
irrumpieron al verde,
y exhalas el más triste viento.

---

* Incluido en *Canciones a una rosa* .

INFANCIA

a José

I

¡Tiempo de luces como arrodilladas!

En este día de sucia sal y de gastado hueso,
llegas, vestida con la piel del cielo
y con un gorrión salpicado de rocío,
ágil de plumas, suelto de gorjeo
sacudiéndose en las lajas...

¡Oh el luto familiar aposentándose
en tapizados muebles de otro siglo!
Las polillas gastaban la quietud de cera
de los viejos arcones,
y la rosa, en el cerco de mis manos
latía, aleteaba como una paloma.

II

Con el pico sangrando su agonía,
sepulté por la siesta, y ahora sube
el pájaro de infancia que en mí había,
a la mortaja de una blanca nube;
muerto, quemado por la luz del día.

III

¿Recuerdas que el otoño
era el último vuelo de los gorriones muertos,
bajo un sudario de hojas?

¿Que el invierno aventaba la ceniza
de todos los crepúsculos?

En los amaneceres se descuajaba un árbol,
por alzar a los cielos su canasta de pájaros.

Salían de los albañiles, flotantes en la luz,
casas ovacionadas por el polvo
y tú dormías con un pie en la calle,
trinos por cabecera
y la bobina sonámbula en los prados.

Las tablas de la ley

Qué harás con tu formón,
con tu taladro,
cribando contrafuerte y alfajías
y con el garlopín cavando estrías
en el cebil, para enmarcar un cuadro;
¡padre mío, qué lejos de ti ladro
a coro, con las perras agonías!
Mi niñez, que a tu sombra vío sacudir los trenes,
era la mano de una fuente viva,
para siembre virgen de la tierra.

Soy yo,
que ni una fotografía guardo de tu pelo,
que voy, bajo esta capa de niebla,
entre tus valses con la muñeca de lustrar,
y que pegando el rostro a los cristales
del corazón te veo,
cuando la lluvia baja gota a gota
al espacioso patio de los días.

Yo, cauteloso avaro
de la moneda que perdí en los pobres

y que una y otra vez,
otra vez y una
de rosa a espina voy,
de espina a rosa.

Canción del albañil

Eres dichoso, albañil,
puedes blanquear tu sombra en las paredes,
tocarle las mejillas
con polvos de albayalde,
maquillarla en la luz,
sobre el andamio.

Pero que no la pierdas encalada,
que bajo la cuchara
no te la olvides, luego,
tapiada y agrietándose,
vieja y descascarada,
a la espera del alba
y el añil de tus manos.

Un día, cuando mueras,
en cuántas casas se darán, de pronto,
con que una sombra más
vive en los muros;
y no habrá nadie
para alisarle las arrugas,
para cambiarle sábanas
y encenderle la cara,

con un toque de cal.

Sirvienta

Buscó su pieza, la del fondo, el cuarto
que hoy nadie ocupa porque una suicida
ahogó los platos en el agua hervida.

Y se durmió
sin jabonar la casa.
¡Su corazón
tan percudido y harto,
que ni la tierra
lo desengrasa!

POEMAS A IRINA

a Teuco Castilla

En la edición original, ilustración de Carmen Gerónimo.

El espejo

Irina, no hagas caso de tu lloroso padre;
búrlate cuando diga que hurta el bisel
la imagen y la devuelve vieja,
que la separa del rostro, de la piel,
con sus manos,
y ha enturbiado la faz de rientes ojos
que ardían en la luz,
grandes y claros.

Niégale que desde lo profundo de esos
cofres,
de esos desvanes de la luna suben
las corrosivas aguas;
tápate los oídos a sus fábulas, a sus
leyendas y dile
que jamás han brotado del azogue
los surcos en la cara.

No des pábulo a historias ni hagas
como él y alienta
en los espejos boca a boca, hija mía;
infúndele a tu imagen el soplo de
la vida,

y déjala en el mundo cuando tus ojos
viajen dormidos
a ser la luz que al fondo del cristal,
se triza.

Desde las altas ramas

Hija mía, en tus ojos nuevos ríe
la luz, como los pájaros
en su vaina de pluma,
y quieren correr mundo desde las altas ramas
donde levanta el árbol
su basamento trémulo.

Una vez, estos míos
−ojos que ya la sombra despabila−
subieron de un envión
a su empinado pedestal,
miraron a la madre
guiar la enredadera
y prohibirle las hojas del rosal, a la hormiga.

Viajaron con el árbol
sin despegar los pies,
lo vieron irse, hundido,
buscando lejanías
y hoy resbalan cansados sobre estos fríos muros,
sobre estos paredones
que el tiempo entelaraña.

Tucumán, 1966.

Dónde el áureo semblante

Dónde el áureo semblante,
la rubia imagen de la faz rostrosa
bajo el sabroso aliento;
la sosegada y ancha faz, por
la que pudo florecer la espina
y ser espina y aguijón la rosa.

EN ESA TIERRA EL AIRE

(Canciones)

a Martha y Eduardo
hermanos

I

Yo tuve hogar en la región que agrieta
un terremoto de leyenda clara.
(Tal vez por eso le surcó la cara
la vida, con su fábula, al poeta)

II

¡Oh la tibieza con que me atolondra
el aire de esa tierra!

(Yo soy el de la boca
en una brizna
sorbiendo la pradera)

III

¡Oh árboles de esos ríos
de un envión en mi frente,
álamos que adelgazan
en pájaros
sus ramas,
y mi niñez, que asoma
desde fotografías,
a ver, absorta,
cómo estoy
de viejo!

IV

Quiero llorar y todo me consuela,
la voz amada y el paciente oído.

(Sobre un campo de lobos,
caballos de ojos de agua
bebiéndose el rocío)

OTROS POEMAS

a Esther

El fuego

Buscaré en lo profundo, bajo la piel;
bajo el semblante viejo
que ha surcado la vida,
y a pesar de ese fuego
que ardió y ha calcinado
ondulará en mi verso
la faz en sueños del amor y será una
canción mi íntimo rostro;
aflorará en mi voz la luz del alma
que al desasirse de la piel
arde y se enciende
en otros ojos.

El poema del agua

Agua del cielo
que en la flor viajera pregunta al aire
por su aroma, y llora;
del río que huye, y se persigue, y canta;
de la lluvia dejándome en las manos el cristal
derretido de una imagen.

Agua con voz de sombra
nervándose en las hojas,
dentro mi boca cuando canto y para morir
se me hace tarde.

Agua de los suicidas que se han sacado
el aire
con esa piedra azufre que escupe el diablo
en el salar;
agua que se abalanza
a ser más agua,
que se despide a ser el fuego,
y que huye a arder, a ser
otra agua,
el agua,
a ser el agua que, al huirse,

¡canta!

Los ojos

Porque los ojos sueñan ser el fuego
y arder en el incendio
de otra piel, de otros ojos;
buscan su luz
en otros ojos, lejos,
y se dejan sorber
su flor del aire.

Y la ilusión desflora
su luz en primavera,
su luz esbelta
como un pino de oro,

porque los ojos se abren, soplados,
soñando con la vida,
pero cuando despiertan
y han perdido su niña
se les adentra el iris y no
regresan nunca
de esos viajes
bajo el cristal
de la pupila.

La palabra

Arenilla del sueño en los ojos,
y esa luz del poema.

En nada me conozco,
y hoy no soy el ayer,
cada vez menos.

En vano, y esta sangre,
cada día
de la palabra
donde crezco
idéntico.

Empeoro de tiempo y corazón,
me hago más triste,
y entristezco.

Y tan sólo, inmutable,
esta palabra
y aquella otra,
    sembrada,
donde broto

y florezco.

TRES SONETOS

a la memoria de mi madre

La puerta

Desde que el hilo de tu sangre tierna
se desvenó por no jugar con juicio
quedó un portal, en su mordiente quicio,
abierto al paso de la voz eterna.

En el jardín del sanatorio, interna,
le sonreíste a un aprendiz de oficio
y qué dulce tristeza el ejercicio
de modelar, en su taller, tu pierna.

Casi bailabas sobre un pie y un soplo
de amor al hueso de tu vida rota
por las muletas infundió su escoplo.

Él fue tu Dios y con su mano injerta
ese codillo de ataúd, que brota
en el muñón que te dejó la puerta.

La luz donde me espera

Un pájaro con alas de madera
trampeado del zaguán a la cocina
y que lo mismo que una golondrina
ha enlutado la luz donde me espera.

Un gorrión salpicándose en mi acera
con el bastón que al caminar lo espina
y que muy lejos en otro árbol trina
desenjaulado de mi cabecera.

Y se fue del umbral y de la sala
con la muleta muerta bajo el ala
y todo el cielo para hacer su nido.

Madre o gorrión o golondrina en viaje
yo ya no sé y he de esperar que baje
desde la nube donde se ha dormido.

La rosa

Blanca sobre la tierra de una fosa
la luna sueña en flor que te despierto,
que a tus ojos, dormidos, les injerto
esa niña de luz que hubo en la rosa.

Niña la de tus ojos, tan lejosa,
de tus ojos sembrados en un huerto
donde brota sin alma lo que ha muerto
y la rosa de amor se desenrosa.

Palmas, ramos comidos por los piojos,
mármoles bajo el fuego de la luna
que un polvo de luciérnagas rocía.

De la luna sin música en tus ojos
encenizándolos... Y era mi cuna
la rosa que en tus brazos florecía.

Porque mi sangre
de otra piel se viste,
y en otro pie se yergue
y otro paso.

Ciprés

Pájaros y cipreses
sobre tu sueño, en la tarde.
Y en un vaso la flor
que corté de tu pecho.

(Amo el ciprés
donde se llora el verde,
aprendo a leer su nervadura
en cada línea
de mis manos
y huelo su calcárea respiración,
su fósforo,
árbol donde los muertos
echan hojas.

Y tú, por él,
pensando qué nos falta.

El aire y nadie más
te sobrevive.

Este año nuevo

No seguiré escribiendo
este año nuevo
porque no habrá de qué,
mientras tus muletas enterradas
pasean, pobre mía,
sobre mi corazón, despertándolo.

Ahora que fueron
a sembrar tus ojos
cuando la luz
                no brota
de la tierra.

OTRAS CANCIONES

a Leopoldo Gatica

Llovizna

Hoy que otra vez contra un fallido
verso
el corazón golpeo,
alzo la vista al vano de la puerta,
que un soplo entreabre y deja ver
el cielo.

En los tejados la llovizna reza
por el hogar disperso,
y lloro, agazapado en los espejos.

La grieta

(Oh espiar por mis hendijas
un negro escarabajo)

Oh insecto de ojos
rojos,
que tascas en mis cuevas
mandíbulas de alambre.

Que de mi sed abrevas
y carnes de mi hambre.

Salmo

Hundióme en sombras con mortal desvelo
la débil carne, de dolor culpada,
que siendo de tu mano abandonada
ganó en tristezas y perdió en consuelo.
Apenas vuelto el corazón al cielo,
lloró tu imagen, por la luz bañada,
y sentí que la luz, arrodillada,
llevaba en oración oculto duelo.

Soledad

Quiero llegar, vestido
del aire que anochece,
a tu jardín, que guarda
el ángel de la muerte.

MEMORIAL DE JONÁS

Edición original: Ediciones del Tobogan, Salta 1981. Diseño de tapa y cubierta de Osvaldo Juane (fragmento del mural “Sumalao”).

A Carlos Galán Torres.

Jonás y la semilla

I

Cuando Jonás, el profeta,
tocaba fondo en el vientre del pez,
soñó en su corazón un germen,
una semilla insumisa
y tragándola, un pájaro como una flor de calcio, de plumas
color viento, una paloma.

Un pájaro zambulléndose en sus alas
disolvía en su boca la piel, la placenta verde de la semilla

y germinó la yema y dijo a Dios:

¿Siembras tu voluntad llena de brotes
y no la mía, tus salpicantes gajos de saliva en mi boca?

Árbol de mala sombra crezco porque es un viento deshojante
la vida,
es como las hormigas con el viento en sus velas.

Porque también he visto construir para la muerte, y hombres
lo mismo que albañiles de sepulcros:

Porque también conozco abortos de mujer a los nueve meses,
en forma de hombres.

Y este injerto de pájaros, del otro reino en mi yema de árbol,
la insición con la uña, que has abierto, no cicatrizará.

Has deshecho el tejido donde duermo, comes igual que perra
la bolsa de tu cría.

II

Y rociaba un gran sueño la nube de semillas en los párpados de
Jonás cuando preguntó:

¿Soy el hijo de Alicia, de su ala que acaricia, o lombriz de
tierra?

Porque los muertos huelen el agua y siento su sabor en la
lengua.

Porque fui como antojos
de parturienta pobre diciendo: injertaré a un rosal mi sombra
de árbol.

Porque junté las plumas de una paloma en la primavera verde
y fría, quise soldarle un ala al viento

y estoy aquí buscando un vaso
en el fondo del río, en la piel de los dientes del pez.

III

Entonces Jonás
regresó a las espinas de la tierra,

a esta vida que brota de la muerte como las hojas de una puerta
en el árbol.

Su alma estaba triste
y Dios le dijo:

¿Todavía recibes en la casa del duelo, y me niegas?

¿Ves en sazón la doncellez del fruto, y preguntas quién
desfloró a la higuera?

¿Conocerás recién la vida en el
crecimiento de tus uñas y de tus cabellos bajo la tierra?

Afianza tus raíces, porque no seré siempre jardinero de
almácigos.

¡Ay de los que tragando saliva escupen su alma!

¡Ay de los que maldicen la pesadilla de soñar despiertos!

¡Ay de los que en el pésame deshojan la palma de su mano!

¡Ay del hombre, nacido de dos vientres a la muerte!

Oración por los árboles carnívoros

Señor, cuando regreses
sólo hallarás la dieta del ciprés en toda la selva del Vietnam,
de árbol en árbol;

las carnívoras hojas y a su sombra
el amor que pregunta
como un pez por sus párpados.

El amor en las flores de la higuera,

como dejar la mano en las fauces de un perro
rabioso y acariciarlo

Entonces que le ofrezcas otra vez todo el pecho
a esta cruz que nos tiende por la espalda sus brazos.

Desde Saigón se anuncia, Señor,
un premio en dólares
para el que encuentre en toda la selva del Vietnam un solo
árbol vegetariano.

Canción de los ladrones de sepulcros

Sucede que a las vueltas de la vida
vine a ser el vecino de los muertos

y oigo a los desgajados ataúdes
saltar la tapia en busca
de una casa sin puertas.

Vine a ser el vecino
de los que se han ido
y oigo en el viento:

Sólo de entrar las puertas de la muerte
y las de la miseria
de no salir.

Los poderosos

Son los dueños del pueblo,
los poderosos,
son los que dan la espalda con los ojos,

los que sin parecerse a la luz del alba
hacen que se avergüence de su camisa
mi lámpara;

son la cal que blanquea los sepulcros
y la corona de oro
en el diente muerto.

Son los que se sonríen
del que pregunta cuándo
regresarán los pobres
de la curtíembre.

Buscan la levadura
del polvo
en el dinero.

Por su culpa los pobres
siembran de sal
los surcos de su frente

y es el jornal la tierra
del túnel sin salida
que juntan los reclusos bajo sus uñas
en el invierno,

cuando a orillas del río
de las constelaciones
lavan ropa los muertos
y amanece sucia el agua del cielo.

Yo tejí mi saliva
porque el sudor del pueblo
se tendía en la lengua de los perros.

Por su culpa contemplo los cipreses
y sueño remolinos
de ceniza en la noche.

Oración de Jonás

Dios
cuando los pobres
le sacan de la boca
el pan al horno,

cuando los albañiles
abren en el cimiento
la fosa de un camino

y en el perro enseñándole a los hombres
a dar la mano con los ojos limpios.

Dios en los que se apartan
a contemplar la vida,

a dejarla pasar formando el agua
de un río cuyo fondo está en la orilla

y cuando al roce
de dos panes en mis manos
salta la chispa del amor,

Dios en el fuego
de los que ven la espiga
en el ojo ajeno.

Dios en el pueblo
sin a quién pedir milagros
pues el Hijo del Hombre delegó su poder en los metales y en
las piedras,

qué tonsurado juez de índice fálico
pudo sin pararrayos
expulsarle los diablos del cuerpo a la tormenta,

cómo perdurará en el mundo
sin los imanes
edificada sobre la piedra que deja el rayo, la iglesia!

Dios en el pueblo sordo
de tanto haber oído
deshojarse las puertas de su casa,

en el pueblo
empujado a esa otra orilla
que tocan los suicidas
en el fondo del río,

en el pueblo que ayuna
sin comulgar
y no en los poderosos,

no en los que sin soplar el fuego
le quitan de la boca
el pan al horno;

Dios en el pueblo
no en los poderosos,

no en los que dan la espalda
con los ojos.

Epitafio en la tumba de un poderoso

¿Reconoces el polvo de mis huesos
en la ceniza de los fuegos fatuos?

Es mi castigo el de los que ambicionan
en la vida hojas de oro:

con el otoño
regresar a la fiebre del oro
en hojas de árbol.

Responso a Rubén Fortuny

Pasa Rubén Fortuny asesinado
dibujándole flores
a los carros de asalto.

Pasa a la eternidad
y abren la puerta
de su jaula de plumas
los pájaros.

Pasa la envidia
y el mar se sonríe
como cuando los peces
murmuran de su canto.

Pasa después
el asesino
y huye.

Pasa una mano
y lava la otra
mano.

Pasa el pueblo

de huelga
como un árbol
negándose a dar flor
en sus parásitos.

Pasa el cortejo
y despedimos a un ausente.

Pasa Rubén Fortuny
asesinado.

(Noviembre 1973)

El tejedor de jaulas

una rama de sombra en el camino
donde el polvo pregunta por la muerte.

Ser como entonces
el que sonreía
de oír cantar a un tejedor
de jaulas.

Señor que dices
en la voz de un niño:
Tengo en la mano
un humo que no
se me escapa.

¡Cuándo
verán los ciegos
del oído
la luz
de tu palabra!

Memorial de Jonás

I

Yo deshojé mis plantas en los caminos.

Soy el que buscó las raíces
del jardinero.

Y sólo hallé, sediento de espejismos,
ciudades agobiadas
bajo el peso de sus cimientos.

Allí tras el amor
es el recuerdo
como leer las líneas de la vida en las manos de un muerto.

II

Allí también la piedra
donde dormía un niño,
poca leche en el diente que se llevan los ratones del sueño;

y las cocinas donde hierven el agua
los que jamás descubrirán el fuego.

Al fondo de la casa
donde entró el desalojo
había un árbol mesándose los cabellos.

III

Y más allá el adiós,
la última senda,
el callejón de los ojos disueltos.

La vejez con sus manos temblorosas.

¡Seca como la higuera maldecida la nuca de los viejos!

Allí una mosca
desovó en mi oído
y me apagué a dormir
después del sueño.

Los fuegos fatuos

A Manuel Pérez.

¿Apenas el zumbido de una hormiga con alas
y te sientes pajaro?

¿Ves el dolor pero tus ojos lloran en el humo de los fuegos
fatuos?

Todavía tu sombra gatea en los almácigos.

Cuándo serás el árbol.

¡Ay del hombre que busca su camino en los hombres!

¡Ay del ciego palpando las orejas del sordo!

¡Ay del camello y ay de su joroba!

¡Ay de los poderosos!

Con temblorosas manos

Un agua removida
desde el fondo
la de tus ojos
con la vejez podándote la sombra

y a dónde irás sin maldecir la higuera
que florece sus llagas en tu boca.

Sin dibujar al confesor palpándose
con temblorosas manos la última muela
la del juicio final
y a los usureros
árboles que nos hacen
un préstamo de sombra
cobrándonos en oro
y en savia en sangre en hojas.

Walter Adet, las flores buscarán sus raíces
a la luz de una vela en tus sábanas.

Pronto a decirlo todo antes que el agua tenga sed de tu boca.

Desde bajo las aguas

A Cristián.

Escribes con la mano que busca dónde asirse
desde bajo las aguas
antes de ser al agua que se
empoza en las nubes.

Sufres la sed que sólo
apaga el fuego.

Oyes en unos muslos
el canto
de los peces, y desde tu tabaco le aúlla un perro de humo a la
muerte!

Canto de amor

Polvo trepándose
a mi sombra
cielos con pájaros de arena
yo caminé sobre las aguas
a dejar huellas en la tierra

Sobre las aguas
de tu cuerpo
donde la siembra
es mi cosecha

donde nos deshojamos
en el otoño
de las piedras.

No es rocío del alba

el aire y nadie más
te sobrevive

Cuándo le saldrá la patita a la abuela
-preguntaba-
y no es rocío lo que tiembla en estas
flores, sino lágrimas,
porque anduvo la vida de un pie, sobre un zapato,
y le sobraba e1 otro
del par, en los cajones.

No es rocío del alba sino en la voz un ruego,
porque dije que pronto, pero la abuela ha muerto,
y al irse le dejamos las muletas
por sino la esperaba su otro pie detrás del muro de cal negra .

Cuándo habrá de salirle, y no es el fuego,
es la ceniza que arde en la cal viva
de esos muros donde no se oye el roce
de la luz, en los ojos,
donde todas las bocas
se han puesto a juntar agua, porque no hecha raíces lo que riega
la sangre.

No es rocío del alba sino lágrimas,
sal de la vida
que ha disuelto el agua.

La casa

A Gaviota y Silvana.

La saludas con ojos baldíos,
le tiendes una mano
de cal, a tu casa.

Vives para la puerta en que te cierras y te sepulta la ventana.

Ya de tantas paredes
con orejas
das a una tapia sorda,

animal sediento de espejismos;

hombre que ves al humo
desasirse del fuego
bajo las indolentes nubes,

dóciles
al empuje
de sus aguas.

El pan

¡Cuánta abundancia
de escasez en esta época!

Le tiemblas a la hora
de comer,
hombre absurdo.

Le tienes miedo al hambre
porque te saca
todo
el pan.

LA CASA DONDE SOY

La casa donde soy

Edición original: Círculo Médico de Salta, Salta, 1984.
Con ilustraciones de Antonio Yutronich.

In memoriam
María Ernestina
Giulitti de Sánchez
W.A.

El Mendigo

Oyes en el mendigo
tu propia voz diciendo:
“El ahorro es la madre de todos
los vicios”

y comes de su plato
le das tu pan
tu ropa
y todo, a cambio
de su desabrigo.

Aire que suelta el hueso
de un pájaro al quebrarse
tu voz en el mendigo.

Elegía

Malos tiempo para rimar, cuando en el aire
hay una llaga inmensa como una nube embalsamada:
que no cambia de forma ni de lugar en el espacio.

En ese día de frío y calor, de aire risueño
y ventolera.

Así, la vida deja de ser tal en su demasía,
de muerte. Y sólo abunda allá en lo separado.
Lejos en lo perdido para siempre,
donde no hay caso de llegar sino hundido
hasta el fondo en la pesadilla;
sino frotándose los ojos con lejía
(la flor de la ceniza)
para tocar el aire de las formas
que se llevó el camino.

Ahora que no es tiempo de rimas porque las aguas
han salido de madre. Porque no hay rostro en mí,
sino la imagen de una voz ...

Cuando amanece Dios

Despertarán alucinados
los que dormían al sereno

y oirán a Dios
decirles:
Soy el color del alba,

la luz que nace de los gallineros.

Soy los gallos que tienden su cresta
sobre el mundo
y canto en el estiércol.

Hasta que vuelvas, padre

14 de junio, 1982

Porque murió mi padre, quiero decir,
mi pueblo,
le digo adiós al hombre, me despido.
De ayer a hoy pasaron muchos años.
¡Adiós, Puerto Argentino!

¡Hasta que vuelvas, padre!
Yo no sé dar un paso
sin tropezar con tu raíz de pueblo.
Tren que descarriló en la vía muerta.
Estación sin andén, la de tu invierno.

Yo que retrocedí con los cangrejales
de la memoria
a tus embalsamados bueyes de agua.
Mirate pueblo náufrago en la hoguera.
¡La vida con su témpano en tu rescoldo,
patria!

Adiós amor que huías cuando el humo

acuso al fuego de abandonarlo a su destino.
Yo, albino de humor negro,
yo que soñé tus mares
afluente del desierto
te despido.

Mirate tan pequeño ante la vida
que ya no puedes
comprender a un niño.
Mirate en el andar de los cobardes
un paso atrás y el otro fugitivo.
¡La vida con su témpano en mi hoguera!
¡El amor con su médano de arenas desertoras
en el camino!

Huyes con el horror de hundir la mano
en la mollera de un recién nacido.

Canción

Cuánto abrigarnos en el rescoldo de una nube,
trasladándonos siempre
de una casa a otra también ajena.

Ya sin ver a los hijos en la mesa
cortar el pan, el agua en vasos de frágil
transparencia.

Porque el pan es la cara de Dios
si está en la casa,
cortado entre blasfemias.

Abres la puerta

¿Y el pan que desmigaba
la infancia, en el mantel de los gorriones?

El mismo pan que ayunas diciendo: *espero mi alma*
por si regresa del arenal que le tendí.

Hoy que hundido en la sombra, donde los espejos
ya no tienen imaginación, abres la puerta

y ves cambiada la de tu escritorio
por una silla eléctrica.

Manos que no se lavan la sensación
de haber tocado materia nauseabunda,
tus manos.

Tu santidad con una aureola negra.

El amigo

¿Por qué le llaman todos: «Señor, Señor»?
Yo le daría con gusto
el título de «mejor amigo del hombre»,
de no habérselo concedido
antes
a mi perro.

Poesía

Forastero en el mundo, pájaro en pozos de aire,
yo construí lo mismo que ún tajamar en el desierto
mi poesía.
Y fue una entretejida red mi mano,
cernidora de arenas movedizas.

Yo la buscaba igual que a un hueso de hongo,
lejos en lo que nadie
ha visto nunca. Y era la vida.

Y era la muerte.
Y la leí en la carta
donde se daba el pésame
un suicida.

La miré que llegaba, me anticipé a los ojos.
Vi que antes de nacer la conocía
y con mi procesión sin Dios por dentro
la seguí de rodillas.

Madre *

Mi madre, enferma en su batón raído,
se demora y ausculta en la penumbra
si la vajilla del hogar relumbra
y si estoy bien tapado y ya dormido.

Abre la puerta, sin hacerme ruido,
y con la última lámpara que alumbra,
a media luz mi corazón columbra
un jirón de mortaja en su vestido.

Porque madruga cada vez más vieja
en su trajín de remendar el cielo
con un hilo de su alma destejida.

Y yo siento que todo se me aleja,
que no sé darle ni un fugaz consuelo
entre tanto recuerdo que la olvida.

---

* En este soneto, Walter Adet reitera los cuartetos del poema homónimo de *En el sendero gris* (1962).

La casa donde soy

Nadie me ve cuando al cerrar los ojos
entro a la casa donde soy recuerdo
y busco a tientas la pared de un cuarto
que se me desmorona en todo el cuerpo.

LOS OFICIOS

ANTOLOGÍA

Edición original: Ediciones Anacreonte. Fundación «Carmen Rosa Ulivarri de Etchart». Salta, 1987. Dibujo y diagrarnación de tapa: Ramiro Dávalos.En la contratapa del libro se lee lo siguiente: «En este libro hay siete partes de niño y tres de resucitado. Van Gogh me aconsejó esa proporción. Vicent Van Gogh con la ceniza verde de sus cipreses, sus girasoles hipnotizados por el sol».

Frente a la adversidad de rostro mudable, y asistido por la difícil esperanza y el propio tránsito transmutado en poesía, Walter Adet nos ofrece aquí sus oficios, la antología de lo que anduvo viviendo y escribiendo. Nos descubre así el prodigioso roce de dos panes en sus manos, «la luz que al fondo del cristal se triza» y «sueño remolinos/ de ceniza en la noche».

Ocurre que este «forastero en el mundo, pájaro en pozos de aire», este hombre de tierra y cielo, y viento y espejismos, nos habla de lo que sabe, nos habla con dolor, con soledad y pésame; pero también, desde allí, nos canta, «instalado en la vida ... en plena mudanza». De ese modo, este poeta impar, tan tierno y escondido, tan verdadero y de tanta proyección, llega a la imagen por·caminos de horas, de «entretejida red, de arenas movedizas».

Estas páginas testimonian, pues, un quehacer vital y poético de extendida y rica trayectoria. Aquí habla un poeta real que ha sabido conjuntar sueño y palabra, fuego, pena y transparencia. Su contenido decir, de lúcida construcción, no desmiente, por cierto, su densa experiencia originaria. Van de la mano, en la poesía de Adet, lo más distante y lo más próximo: el caracol y la nube, la ventana y el lejano son, la jaula de plumas y el alba, el desamor y la comunión, la casa y la intemperie, el río y la orfandad, el mediodía y las hojas plateadas, la claridad y el monte. Y además está la maravilla que va surgiendo, como en secreto, de sus palabras, de su modo de decirlas y juntarlas; una maravilla que desplaza las sombras, aventando las cenizas y saludando, por gracia de vida y de verbo, el día que vendrá.

Edgar Bayley

Los oficios

a Cristián

En el sendero gris
(1962)

Padre Carpintero

A Manuel Gonzalo Casas

Dio virutas de cedro su garlopa
cuando asentando nuestra casa pobre
fueron sus manos, del pisón de cobre
a los muebles, lustrados por su estopa.

Y el pan casero y una humeante sopa
bastaron a su almuerzo, sin que sobre,
y el agua pura como la salobre
que humedeció su polvorienta ropa.

Buen tiempo que pasó. Ya casi anciano
preside nuestra mesa con su obrero
ordenar de herramientas y formones.

Y ya jamás me asombrará su mano
como en mi infancia ¡padre carpintero!
recortando a serrucho los tablones.

Madre *

Mi madre, enferma en su batán raído,
se demora y ausculta en la penumbra
si la vajilla del. hogar relumbra
y si estoy bien tapado y ya dormido.

Abre la puerta, sin hacerme ruido,
y con la última lámpara que alumbra,
a media luz mi corazón columbra
un jirón de mortaja en su vestido.

Porque madruga cada vez más vieja
en su trajín de remendar el cielo
con un hilo de su alma destejida.

Y yo siento que todo se me aleja,
que no sé darle ni un fugaz consuelo
entre tanto recuerdo que la olvida.

---

* Si bien en el original el autor ubica este poema corno perteneciente a *En el sendero gris* (1962), la versión que reproduce corresponde a *La casa donde soy* (1984).

Los oficios

A Tulio Longhi

Porque yo sé también que el que trabaja
no se da tiempo para hacer dinero
y que cuando destape un agujero
lo tendrá que tapar con su mortaja.

Que le enseñaron a lustrar mi caja
pero no a preguntarme por qué muero
y que a veces por hombre y jornalero
con dos tragos asienta una migaja.

Que cuando yo me voy de una taberna
están su botamanga y su entrepierna
mostrando una costura descosida

y que con un remiendo en la mirada
dice que nunca juntaremos nada
porque todo lo echamos a la vida.

Lira y soneto a Dios

A Jacabo Regen

Por la tierra y el cielo,
con las manos del agua entre los tallos
te busca mi desvelo;
y me cabe en la boca todo el suelo
*si te arrasan de verde los caballos.**

Busco tu huella por el claro día
y por la noche de lunar asombro,
por tu mano, sentida sobre el hombro,
y tu pie, compañero de mi vía.

Busco tu blanco fuego en mi agonía
quemando el labio con que no te nombro,
arquitecto en el tiempo de mi escombro,
dulce alfarero de la vida mía.

Apenas puedo presentirte ahora;
es mi vida un cegado desconsuelo
y un torpe anhelo que en la voz me llora.

Y te busco, extraviado y a deshora,
¡que es mi tiempo de errar bajo del cielo
hoy, desterrado de tu eterna aurora!

* Este epígrafe no aparece en la edición del poema en *En el sendero gris* (1962).

En el sendero gris

Irina

En el sendero gris, era mi alma
por el invierno de celaje yerto,
que fingía ceñir trémula palma
de neblina, en los árboles del huerto ...

Meditaban las horas ... y su calma
llegó a mi vida en el trajin desierto,
y fue tu acento sepultando en mi alma
su garganta* de pájaro ya muerto.

Recordaba tu voz, que otrora fuera
en mi garganta caudaloso río,
nieve de lirios, mármoles de hoguera.

Y ya en el alba de ceniza y ola
vi, corazón, copiada en el rocío,
tu palabra de ayer, llorando sola!

---

* Corrección manuscrita: «nostalgia».

El aire que anochece
(1971)

A una rosa*

Oh rosa, que a la cima de tu tallo
asomas, requiriéndole a la hierba,
la gota de rocío que aún conserva
el fondo de los ojos del caballo.

W.A.

---

* Este poema está incluido como epígrafe en *Canciones a una rosa*.

A un álamo en otoño *

Único álamo de oro,
primogénito del otoño.

Entre la doble hilera de intacto verdor,
es a ti a quien saludo.
Ellos tienen en sí un rumor de brizna,
temblor de vientre virgen
y brillan como una lágrima
bajo la luz fría del amanecer;
en cambio tú,
columna de humo yerto
bajo la cruz del sur,
estremeces mi alma de tanto aire fugaz.

Qué sabrías de mí,
y qué de ti mi corazón,
nervadura nostálgica;
ya los primeros pájaros
irrumpieron al verde,
y exhalas el más triste viento.

---

* Incluido en *Canciones a una rosa* .

Canción del albañil*

Eres dichoso, albañil,
puedes blanquear tu sombra en las paredes,
tocarle las mejillas
con polvos de albayalde,
maquillarla en la luz,
sobre el andamio.

Pero que no la pierdas encalada,
que bajo la cuchara
no te la olvides, luego,
tapiada y agrietándose,
vieja y descascarada,
a la espera del alba
y el añil de tus manos.

Un día, cuando mueras,
en cuántas casas se darán, de pronto,
con que una sombra más
vive en los muros;
y no habrá nadie
para alisarle las arrugas,
para cambiarle sábanas
y encenderle la cara,
con un toque de cal.

* Incluido en *Canciones a una rosa* .

El espejo

Irina, no hagas caso de tu lloroso padre;
búrlate cuando diga que hurta el bisel
la imagen y la devuelve vieja,
que la separa del rostro, de la piel,
con sus manos,
y ha enturbiado la faz de rientes ojos
que ardían en la luz,
grandes y claros.

Niégale que desde lo profundo de esos
cofres,
de esos desvanes de la luna suben
las corrosivas aguas;
tápate los oídos a sus fábulas, a sus
leyendas y dile
que jamás han brotado del azogue
los surcos en la cara.

No des pábulo a historias ni hagas
como él y alienta
en los espejos boca a boca, hija mía;
infúndele a tu imagen el soplo de
la vida,

y déjala en el mundo cuando tus ojos
viajen dormidos
a ser la luz que al fondo del cristal,
se triza.

El poema del agua

Agua del cielo
que en la flor viajera pregunta al aire
por su aroma, y llora;
del río que huye, y se persigue, y canta;
de la lluvia dejándome en las manos el cristal
derretido de una imagen.

Agua con voz de sombra
nervándose en las hojas,
dentro mi boca cuando canto y para morir
se me hace tarde.

Agua de los suicidas que se han sacado
el aire
con esa piedra azufre que escupe el diablo
en el salar;
agua que se abalanza
a ser más agua,
que se despide a ser el fuego,
y que huye a arder, a ser
otra agua,
el agua,
a ser el agua que, al huirse,

¡canta!

Porque mi sangre
de otra piel se viste,
y en otro pie se yergue
y otro paso.

Ciprés

Pájaros y cipreses
sobre tu sueño, en la tarde.
Y en un vaso la flor
que corté de tu pecho.

(Amo el ciprés
donde se llora el verde,
aprendo a leer su nervadura
en cada línea
de mis manos
y huelo su calcárea respiración,
su fósforo,
árbol donde los muertos
echan hojas.

Y tú, por él,
pensando qué nos falta.

El aire y nadie más
te sobrevive.

Memorial de Jonás
(1981)

Jonás y la semilla

I

Cuando Jonás, el profeta,
tocaba fondo en el vientre del pez,
soñó en su corazón un germen,
una semilla insumisa
y tragándola, un pájaro como una flor de calcio, de plumas
color viento, una paloma.

Un pájaro zambulléndose en sus alas
disolvía en su boca la piel, la placenta verde de la semilla

y germinó la yema y dijo a Dios:

¿Siembras tu voluntad llena de brotes
y no la mía, tus salpicantes gajos de saliva en mi boca?

Árbol de mala sombra crezco porque es un viento deshojante
la vida,
es como las hormigas con el viento en sus velas.

Porque también he visto construir para la muerte, y hombres
lo mismo que albañiles de sepulcros:

Porque también conozco abortos de mujer a los nueve meses,
en forma de hombres.

Y este injerto de pájaros, del otro reino en mi yema de árbol,
la insición con la uña, que has abierto, no cicatrizará.

Has deshecho el tejido donde duermo, comes igual que perra
la bolsa de tu cría.

II

Y rociaba un gran sueño la nube de semillas en los párpados de
Jonás cuando preguntó:

¿Soy el hijo de Alicia, de su ala que acaricia, o lombriz de
tierra?

Porque los muertos huelen el agua y siento su sabor en la
lengua.

Porque fui como antojos
de parturienta pobre diciendo: injertaré a un rosal mi sombra
de árbol.

Porque junté las plumas de una paloma en la primavera verde
y fría, quise soldarle un ala al viento

y estoy aquí buscando un vaso
en el fondo del río, en la piel de los dientes del pez.

III

Entonces Jonás
regresó a las espinas de la tierra,

a esta vida que brota de la muerte como las hojas de una puerta
en el árbol.

Su alma estaba triste
y Dios le dijo:

¿Todavía recibes en la casa del duelo, y me niegas?

¿Ves en sazón la doncellez del fruto, y preguntas quién
desfloró a la higuera?

¿Conocerás recién la vida en el
crecimiento de tus uñas y de tus cabellos bajo la tierra?

Afianza tus raíces, porque no seré siempre jardinero de
almácigos.

¡Ay de los que tragando saliva escupen su alma!

¡Ay de los que maldicen la pesadilla de soñar despiertos!

¡Ay de los que en el pésame deshojan la palma de su mano!

¡Ay del hombre, nacido de dos vientres a la muerte!

Canción de los ladrones de sepulcros

Sucede que a las vueltas de la vida
vine a ser el vecino de los muertos

y oigo a los desgajados ataúdes
saltar la tapia en busca
de una casa sin puertas.

Vine a ser el vecino
de los que se han ido
y oigo en el viento:

Sólo de entrar las puertas de la muerte
y las de la miseria
de no salir.

Los poderosos

Son los dueños del pueblo,
los poderosos,
son los que dan la espalda con los ojos,

los que sin parecerse a la luz del alba
hacen que se avergüence de su camisa
mi lámpara;

son la cal que blanquea los sepulcros
y la corona de oro
en el diente muerto.

Son los que se sonríen
del que pregunta cuándo
regresarán los pobres
de la curtiembre.

Buscan la levadura
del polvo
en el dinero.

Por su culpa los pobres
siembran de sal
los surcos de su frente

y es el jornal la tierra
del túnel sin salida
que juntan los reclusos bajo sus uñas
en el invierno,

cuando a orillas del río
de las constelaciones
lavan ropa los muertos
y amanece sucia el agua del cielo.

Yo tejí mi saliva
porque el sudor del pueblo
se tendía en la lengua de los perros.

Por su culpa contemplo los cipreses
y sueño remolinos
de ceniza en la noche.

Oración de Jonás

Dios
cuando los pobres
le sacan de la boca
el pan al horno,

cuando los albañiles
abren en el cimiento
la fosa de un camino

y en el perro enseñándole a los hombres
a dar la mano con los ojos limpios.

Dios en los que se apartan
a contemplar la vida,

a dejarla pasar formando el agua
de un río cuyo fondo está en la orilla

y cuando al roce
de dos panes en mis manos
salta la chispa del amor,

Dios en el fuego
de los que ven la espiga
en el ojo ajeno.

Dios en el pueblo
sin a quién pedir milagros
pues el Hijo del Hombre delegó su poder en los metales y en
las piedras,

qué tonsurado juez de índice fálico
pudo sin pararrayos
expulsarle los diablos del cuerpo a la tormenta,

cómo perdurará en el mundo
sin los imanes
edificada sobre la piedra que deja el rayo, la iglesia!

Dios en el pueblo sordo
de tanto haber oído
deshojarse las puertas de su casa,

en el pueblo
empujado a esa otra orilla
que tocan los suicidas
en el fondo del río,

en el pueblo que ayuna
sin comulgar
y no en los poderosos,

no en los que sin soplar el fuego
le quitan de la boca
el pan al horno;

Dios en el pueblo
no en los poderosos,

no en los que dan la espalda
con los ojos.

Responso a Rubén Fortuny

Pasa Rubén Fortuny asesinado
dibujándole flores
a los carros de asalto.

Pasa a la eternidad
y abren la puerta
de su jaula de plumas
los pájaros.

Pasa la envidia
y el mar se sonríe
como cuando los peces
murmuran de su canto.

Pasa después
el asesino
y huye.

Pasa una mano
y lava la otra
mano.

Pasa el pueblo

de huelga
como un árbol
negándose a dar flor
en sus parásitos.

Pasa el cortejo
y despedimos a un ausente.

Pasa Rubén Fortuny
asesinado.

(Noviembre 1973)

El tejedor de jaulas

una rama de sombra en el camino
donde el polvo pregunta por la muerte.

Ser como entonces
el que sonreía
de oír cantar a un tejedor
de jaulas.

Señor que dices
en la voz de un niño:
Tengo en la mano
un humo que no
se me escapa.

¡Cuándo
verán los ciegos
del oído
la luz
de tu palabra!

Memorial de Jonás

I

Yo deshojé mis plantas en los caminos.

Soy el que buscó las raices
del jardinero.

Y sólo hallé, sediento de espejismos,
ciudades agobiadas
bajo el peso de sus cimientos.

Allí tras el amor
es el recuerdo
como leer las líneas de la vida en las manos de un muerto.

II

Allí también la piedra
donde dormía un niño,
poca leche en el diente que se llevan los ratones del sueño;

y las cocinas donde hierven el agua
los que jamás descubrirán el fuego.

Al fondo de la casa
donde entró el desalojo
había un árbol mesándose los cabellos.

III

Y más allá el adiós,
la última senda,
el callejón de los ojos disueltos.

La vejez con sus manos temblorosas.

¡Seca como la higuera maldecida la nuca de los viejos!

Allí una mosca
desovo en mi oído
y me apagué a dormir
después del sueño.

Desde bajo las aguas

A Cristián.

Escribes con la mano que busca dónde asirse
desde bajo las aguas
antes de ser al agua que se
empoza en las nubes.

Sufres la sed que sólo
apaga el fuego.

Oyes en unos muslos
el canto
de los peces, y desde tu tabaco le aúlla un perro de humo a la
muerte!

Canto de amor

Polvo trepándose
a mi sombre
cielos con pájaros de arena
yo caminé sobre las aguas
a dejar huellas en la tierra

Sobre las aguas
de tu cuerpo
donde la siembra
es mi cosecha

donde nos deshojamos
en el otoño
de las piedras.

No es rocío del alba

el aire y nadie más
te sobrevive

Cuándo le saldrá la patita a la abuela
-preguntaba-
y no es rocío lo que tiembla en estas
flores, sino lágrimas,
porque anduvo la vida de un pie, sobre un zapato,
y le sobraba e1 otro
del par, en los cajones.

No es rocío del alba sino en la voz un ruego,
porque dije que pronto, pero la abuela ha muerto,
y al irse le dejamos las muletas
por sino la esperaba su otro pie detrás del muro de cal negra .

Cuándo habrá de salirle, y no es el fuego,
es la ceniza que arde en la cal viva
de esos muros donde no se oye el roce
de la luz, en los ojos,
donde todas las bocas
se han puesto a juntar agua, porque no hecha raíces lo que riega
la sangre.

No es rocío del alba sino lágrimas,
sal de la vida
que ha disuelto el agua.

El pan

¡Cuánta abundancia
de escasez en esta época!

Le tiemblas a la hora
de comer,
hombre absurdo.

Le tienes miedo al hambre
porque te saca
todo
el pan.

LA CASA DONDE SOY
(1984)

El Mendigo

Oyes en el mendigo
tu propia voz diciendo:
“El ahorro es la madre de todos
los vicios”

y comes de su plato
le das tu pan
tu ropa
y todo, a cambio
de su desabrigo.

Aire que suelta el hueso
de un pájaro al quebrarse
tu voz en el mendigo.

Elegía

Malos tiempo para rimar, cuando en el aire
hay una llaga inmensa como una nube embalsamada:
que no cambia de forma ni de lugar en el espacio.

En ese día de frío y calor, de aire risueño
y ventolera.

Así, la vida deja de ser tal en su demasía,
de muerte. Y sólo abunda allá en lo separado.
Lejos en lo perdido para siempre,
donde no hay caso de llegar sino hundido
hasta el fondo en la pesadilla;
sino frotándose los ojos con lejía
(la flor de la ceniza)
para tocar el aire de las formas
que se llevó el camino.

Ahora que no es tiempo de rimas porque las aguas
han salido de madre. Porque no hay rostro en mí,
sino la imagen de una voz ...

Cuando amanece Dios

Despertarán alucinados
los que dormían al sereno

y oirán a Dios
decirles:
Soy el color del alba,

la luz que nace de los gallineros.

Soy los gallos que tienden su cresta
sobre el mundo
y canto en el estiércol.

Hasta que vuelvas, padre

14 de junio, 1982

Porque murió mi padre, quiero decir,
mi pueblo,
le digo adiós al hombre, me despido.
De ayer a hoy pasaron muchos años.
¡Adiós, Puerto Argentino!

¡Hasta que vuelvas, padre!
Yo no sé dar un paso
sin tropezar con tu raíz de pueblo.
Tren que descarriló en la vía muerta.
Estación sin andén, la de tu invierno.

Yo que retrocedí con los cangrejales
de la memoria
a tus embalsamados bueyes de agua.
Mirate pueblo náufrago en la hoguera.
¡La vida con su témpano en tu rescoldo,
patria!

Adiós amor que huías cuando el humo

acuso al fuego de abandonarlo a su destino.
Yo, albino de humor negro,
yo que soñé tus mares
afluente del desierto
te despido.

Mirate tan pequeño ante la vida
que ya no puedes
comprender a un niño.
Mirate en el andar de los cobardes
un paso atrás y el otro fugitivo.
¡La vida con su témpano en mi hoguera!
¡El amor con su médano de arenas desertoras
en el camino!

Huyes con el horror de hundir la mano
en la mollera de un recién nacido.

Canción

Cuánto abrigarnos en el rescoldo de una nube,
trasladándonos siempre
de una casa a otra también ajena.

Ya sin ver a los hijos en la mesa
cortar el pan, el agua en vasos de frágil
transparencia.

Porque el pan es la cara de Dios
si está en la casa,
cortado entre blasfemias.

Abres la puerta

¿Y el pan que desmigaba
la infancia, en el mantel de los gorriones?

El mismo pan que ayunas diciendo: *espero mi alma*
por si regresa del arenal que le tendí.

Hoy que hundido en la sombra, donde los espejos
ya no tienen imaginación, abres la puerta

y ves cambiada la de tu escritorio
por una silla eléctrica.

Manos que no se lavan la sensación
de haber tocado materia nauseabunda,
tus manos.

Tu santidad con una aureola negra.

El amigo

¿Por qué le llaman todos: «Señor, Señor»?
Yo le daría con gusto
el título de «mejor amigo del hombre»,
de no habérselo concedido
antes
a mi perro.

Poesía

Forastero en el mundo, pájaro en pozos de aire,
yo construí lo mismo que ún tajamar en el desierto
mi poesía.
Y fue una entretejida red mi mano,
cernidora de arenas movedizas.

Yo la buscaba igual que a un hueso de hongo,
lejos en lo que nadie
ha visto nunca. Y era la vida.

Y era la muerte.
Y la leí en la carta
donde se daba el pésame
un suicida.

La miré que llegaba, me anticipé a los ojos.
Vi que antes de nacer la conocía
y con mi procesión sin Dios por dentro
la seguí de rodillas.

La casa donde soy

Nadie me ve cuando al cerrar los ojos
entro a la casa donde soy recuerdo
y busco a tientas la pared de un cuarto
que se me desmorona en todo el cuerpo.

BALADA DE LOS ANCIANOS

a Edmundo A. del Cerro

Balada de los ancianos

Noches y velas que arden consumiéndonos,
días que se atreviesen con el paso
de un ataúd descortezado en el camino,

ahora que sube de las grandes aguas
el cuerpo, a la ciudad de los dormidos;

ahora que nos llega entre las sábanas baldías
de un fantasma,
el olvido.

Lo más baldío del azul, el cielo!
Punta de viento y agua el fin temido.

La memoria una aguja que perdió la cabeza,
con un pie en la locura
y el otro en la imposible
normalidad
o en su espejismo.

II

Cantaban los ancianos:
«Mi casa es la del muerto»,
con el alcohol de la vejez cantaban.

Y la canción decía:
«No hay vecinos,
la medianera
es una telaraña».

Cantaban los ancianos
caseros de la luna,
cenizas dándose humos
con el alcohol cantaban.

Cantaban en el mástil
sin pedestal del hombre,
donde el rocío
se carbonizaba.

Cantaban monumentos
muñecos de ceniza,
sombras que carbonizan el rocío
cantaban.

A coro repetían:
«Mi casa

es la del muerto,
la medianera
es una telaraña».

Clamor del inocente

Lo conocí en el mar, en el sudor
que le bañó la frente
al crear el mundo
y en los arroyos al cambiar de cauce
cuando dejan impreso su color en las piedras;
en la lucha del hombre con su animal
que acecha
y se descuelga de los follajes arteriales.

Y allí donde el camino que bordea
el hospital hace un recodo,
en el aire vacío de la morgue;
en esa guardería de ausentes, de fantasmas,
flotaba
indefinible como el olor de los espejos.
Al roce de mis ojos
con las aguas profundas
engendraba la luz del pensamiento.

Sobre la piedra

Soledad de las casas
atrincheradas en sus cimientos
contra el avance de los caminos invasores.
Soledad de los cuerpos
sobre la piedra de la morgue,
el único salón de exposición,
la única muestra
donde la forma está en el fondo.

Guillermo Usandivaras

«Para ser que demora
no tarda tanto»
-decías, Guillermo Usandivaras,
al cabo de unas horas más de espera
frente a un pocillo de café,
con membranas de humo
entre los dedos.

De codos en el bar,
ante la noche sin luces de relevo,
en la niebla de los grandes espejos
donde se oye decir «Así es la vida».
Horma del zapatero
la tristeza, Guillermo.

Y la muerte diciendo
Soy lo que amas,
lo que odias como siempre
más que nunca,
al pie del muro donde nos revoca
con la ceniza de las lluvias.

Girasoles

Regresaba en Arlés con las primeras luces
entre las casas,
cuando la mímica del desperezamiento matinal
nos muestra a un hombre crucificado
en un bostezo, tras la ventana.

Soy Vincent van Gogh,
el que se cortó la oreja
porque sabía
que acercando un oído
al otro oído
se oye el rumor
de un caracol de mar.

La otra casa

a Carlos Michaelsen Aráoz

Ya no canta, no escribe
sin oír en su mano
ese ruido a papel
que trituran las ratas.

Y sin embargo canta
burbuja de la tierra,
instalado en la vida
pero en plena mudanza.

Se despide de tanto
adiós cantando
casi al fin del traslado
a la otra casa.

EL HUECO

Edición original: Comisión Bicameral Examinadora de Obras de Autores Salteños, Salta, 1992.

Viñeta de tapa e ilustraciones de Ramiro Dávalos.

Esta obra se publica de conformidad con el dictamen producido por el Consejo Asesor Honorario de la Comisión, integrado por: Raúl Aráoz Anzoátegui, Zulma Palermo, Carlos Hugo Aparicio.

a Rodrigo

Barqueros

Náufragos en su cuerpo
los barqueros,
que cantaban haciéndose a la mar.

Náufragos en el agua de su cuerpo
y en tierra firme
sin desembarcar.

Soy el náufrago,
un hombre que se busca,
aferrado a sí mismo para no hundirse en los
demás.

Balada de los ancianos

a Edmundo A. del Cerro

Noches y velas que arden consumiéndonos,
días que se atreviesen con el paso
de un ataúd descortezado en el camino,

ahora que sube de las grandes aguas
el cuerpo, a la ciudad de los dormidos;

ahora que nos llega entre las sábanas baldías
de un fantasma,
el olvido.

Lo más baldío del azul, el cielo!
Punta de viento y agua el fin temido.

La memoria una aguja que perdió la cabeza,
con un pie en la locura
y el otro en la imposible
normalidad
o en su espejismo.

II

Cantaban los ancianos:
«Mi casa es la del muerto»,
con el alcohol de la vejez cantaban.

Y la canción decía:
«No hay vecinos,
la medianera
es una telaraña».

Cantaban los ancianos
caseros de la luna,
cenizas dándose humos
con el alcohol cantaban.

Cantaban en el mástil
sin pedestal del hombre,
donde el rocío
se carbonizaba.

Cantaban monumentos
muñecos de ceniza,
sombras que carbonizan el rocío
cantaban.

A coro repetían:
«Mi casa

es la del muerto,
la medianera
es una telaraña».

Sobre la piedra

Soledad de las casas
atrincheradas en sus cimientos
contra el avance de los caminos invasores.
Soledad de los cuerpos
sobre la piedra de la morgue,
el único salón de exposición,
la única muestra
donde la forma está en el fondo.

Aniversario

I

Cuánto caer de no tocar el suelo,
en tanto los demás andan silbando
y aúllas en tu cuerpo
de venas quebrajosas
agobiándolo a pipas de tabaco.

Cuánto del tiempo ya tan sólo sabes
que un almanaque dura todo el año,
donde otra vez regresa
sin monaguillos de hongos,
ni hostias gordas,
el día de tu santo.

Ahora que tocas fondo en lo insondable.
¡Cuánto caer mientras andan silbando!
Desde tu biblia en que no es una oveja
la que se descarría
sino todo el rebaño.

II

Y qué le brindarás a la crispada
emanación del tiempo en tus arterias,

entre las ramazones
de tu cuerpo
con su rastrojo dándote cosechas.

¡Qué apagón en los ojos
del que palpa
el espesor de un hueso en letra y
letra!

III

Sueñas que nacen libros
de hoja en hoja
bajo tus uñas
en gotas de fuego,

libros que dejarás
para que crezcan
árboles de raíz sin filamento;

resucitados entre los que un día
removerán sus lápidas de viento.

¡Cincuenta y nueve años
que has cumplido
a ser mendigo de otro nacimiento!

El cuerpo

Cuántos ahorros de que me sustento
guardó por más de medio siglo, el pobre;
oro bajo su máscara salobre,
níquel en su metáfora de viento.

Para pagarle ni siquiera en cobre,
ni con el bronce de su monumento,
sino en metal de no contar el cuento
dándole plomo y
¡hasta que le sobre!

Porque hay un árbol bajo mi dominio
y es un pino con hojas de aluminio,
un pino a cuya sombra me retiro.

Por asaltar el banco donde ahorro,
en esta edad, cuando pedir socorro
es otra forma de pegarse un tiro.

La otra casa

a Carlos Michaelsen Aráoz

Ya no canta, no escribe
sin oír en su mano
ese ruido a papel
que trituran las ratas.

Y sin embargo canta
burbuja de la tierra,
instalado en la vida
pero en plena mudanza.

Se despide de tanto
adiós cantando
casi al fin del traslado
a la otra casa.

Cantos de hogar

I

¿Qué se dirá el abuelo
cuando le burbujea
la boca,
en el asilo?

Ahora que ni reza ni blasfema,
que sus labios
ondulan sin sonido.

Con el bastón
que lo tiene en su puño
atizando rescoldos del camino.

En el Hogar, rumiándose
la barba.
¡Casa de dos ambientes, el adiós y el
olvido!

II

¿Por qué le habrá tocado
justamente
a él esa familia
en el asilo?

La del sillón
que le tiende sus brazos
y lo acuna dormido.

Venir a encariñarse
con él
habiendo tantos
ancianos adoptivos.

Clamor del inocente

Lo conocí en el mar, en el sudor
que le bañó la frente
al crear el mundo
y en los arroyos al cambiar de cauce
cuando dejan impreso su color en las piedras;
en la lucha del hombre con su animal
que acecha
y se descuelga de los follajes arteriales.

Y allí donde el camino que bordea
el hospital hace un recodo,
en el aire vacío de la morgue;
en esa guardería de ausentes, de fantasmas,
flotaba
indefinible como el olor de los espejos.
Al roce de mis ojos
con las aguas profundas
engendraba la luz del pensamiento.

Guillermo Usandivaras

«Para ser que demora
no tarda tanto»
-decías, Guillermo Usandivaras,
al cabo de unas horas más de espera
frente a un pocillo de café,
con membranas de humo
entre los dedos.

De codos en el bar,
ante la noche sin luces de relevo,
en la niebla de los grandes espejos
donde se oye decir «Así es la vida».
Horma del zapatero
la tristeza, Guillermo.

Y la muerte diciendo
Soy lo que amas,
lo que odias como siempre
más que nunca,
al pie del muro donde nos revoca
con la ceniza de las lluvias.

La torre

Yo anuncié monumentos
a los pájaros,
eclipses de luna en los espejos.

Corté las flores
de un jardín
sin dueño.

Desde mi torre de marfil
cuyas ventanas dan al sótano.

Desde la que anuncié
y agradecí.

Adán

Caes árbol y todo
de la vida,
manzana metafísica de Newton.

Caes a formular
correctamente
la Ley
en este mundo.

(Yo estoy de pie
porque ganó la inercia.
Porque no hay fuerzas
ni
para
caer.)

Canción del lunes

Fumas y cabes en un cenicero,

contemplas apagada
por el fuego
tu casa;

y miras la traición
del hombre al hombre,
víspera
de otro día
sin mañana.

(La traición,
esa mano
que lava la otra
mano,

cuando las dos
emponzoñan
la cara.)

Canción de los cuatreros

Desde mi casa de humo
cachorritos de vino,
remolcándose a lomos de un caballo.

Y ¡qué cosecha, entonces,
la de los diablos en el camposanto!

Hay que ver al borracho
quebrar su damajuana
para saber quién somos
en el hueco,

en la cruz
de un caballo
robado.

Boca de mar*

(a Arturo Dávalos
que arrojó su ropa
por la borda.)

Porque fuiste marino en el obraje
y en el mar obrajero y no marino,
es que si desandabas un camino
te seguían el monte y el oleaje.

Y porque como piedra de molino
pesaba la cordura en tu equipaje,
pudo sobrar ese baúl de viaje;
alta marea la de tu destino.

Y porque fuiste tan cordero y lobo,
sagaz y simple, confidente y parco
y sediento y austero ante una jarra,

puede ser hoy una ola un algarrobo,
móvil un puerto, tierra firme un barco
y la boca del mar una guitarra.

_____

* Versión modificada por el autor de «Y la boca de mar», de *En el sendero gris* (1962).

Los pensativos

Son los que conocieron
en la arena
el reloj de las horas verdaderas.

Deslizan en las cosas
traslúcidas monedas,
láminas,
        una estiba
de escamas
impalpables.

Son los que caen
dentro de sus ojos
y desde allí contemplan
empozados, la vida;

la ven hundidos
en el tembladal.

Parábola del niño

a Cristián

Como desde un baldío
de cementerio
conoce al tiempo
cardador de huesos
y llora y llora
hasta que le hacen
cariño.

Escoria de oro el tiempo
y este sueño
que no deja dormir.

Y llora porque todo
no es más que la miseria.
Conoce al tiempo,
a los hombres del hueco,
la inundación que los dejó sin agua!
Las almas combustible del infierno!
Dice “no puedo irme
porque no estoy aquí”.

Orden social

Enseñan a escribir en las escuelas y a leer
entrelíneas en las cárceles,
persuaden a los gatos regándolos, rociándolos.

Contradecirlos
es hacer un nido
en el sombrero
del espantapájaros.

En la otra vida
allanarán la imprenta
donde publica hojas
inéditas el árbol.

Trapo negro

a Roberto Maehashi

Trapo negro ese saco deslomándose,
como la piel del diablo desollado tras el tapial
del cementerio;
tirado allí, leñoso,
quedó de un pordiosero

y yo entro en él a manotazos
con ojos huecos.

Voy a los costurones del mendigo
donde la luz es de hueso molido
y me hundo en él a preguntarle cuándo
se le quedó el camino,
por qué estoy en su manto desfondado
mientras la noche siembra
sus carbones de olvido.

Desde que al verlo así, crucificado,
me tendí con los brazos abiertos y de espaldas
en sus remiendos,

me arrodillé enfundándolos y trasminó mi piel
la cruz del hombre, su calvario de hilos
ahuesados.

Por eso es que lo siento caminar en mis pasos,
siempre cada vez más yéndose a menos.
Ahora que soy él desde la noche
en que bajo su ropa
me vestí con su cuerpo.

Trapo
negro,
¡bolsa de la limosna!
como manto de perro.

Las nubes

I

Ya será inútil
esperar que caiga,
en mi taza de leche,
la mosca blanca;

ahora que no basta la salud,
porque ha llegado la vejez
a la sensación
y hay en el mundo a toda hora un eclipse
de hombres.

(Ser viejo es darle calcio
a la gangrena.
Cuelgan colgando
telarañas
negras.)

II

¿Dónde la vide
contemplar las nubes,

con ojos
de albañil
ante un baldío?

La vida en sueños de mi voz fluía
con tal envío
que la creí destino.

El agua de la vida sin compuertas.
Nubes entre linyeras
a paso de horizonte por los
caminos.

Ya no hay huellas
del agua,
ni alas de mosca
blanca.

¡Se lo ha llevado
la creciente
al río!

A Eduardo, hermano
1989

Canción

Se preguntó
«Para qué tantas llaves
y puertas y ventanas enrejadas?

Para qué los cerrojos
si el camino
ya no ronda la casa».

Lejos de aquella luz

Es una luz cernida en telarañas
la que nos deja el alba
en la ventana,

lejos de aquella inmensa, cuando el agua
del cielo
desbordaba la copa de los árboles.

En la plaza de flores,
en la plaza de nunca
jamás.

Ulises

Imaginó darle otro
nombre al fuego
y bautizar el agua,

resolvió que ni el tiempo saciaría
la sed que lo colmaba.

¡Cómo poner en marcha
un monumento!

Se le lloran los ojos cuando canta.

El tiempo y en su barba rastrojos de
la luna.
Cíclope que lo mira
con el ojo del hacha!

Girasoles

Regresaba en Arlés con las primeras luces
entre las casas,
cuando la mímica del desperezamiento matinal
nos muestra a un hombre crucificado
en un bostezo, tras la ventana.

Soy Vincent van Gogh,
el que se cortó la oreja
porque sabía
que acercando un oído
al otro oído
se oye el rumor
de un caracol de mar.

Luna de pueblo

a José

«Que resbale mi pie,
no mi huella»
-nos dijimos los dos en este pueblo
donde los padres nos han puesto el mundo desde
su abismo.

En este caserío donde rondan
aullándonos los hombres y los ríos.

Donde es una emboscada
en el desierto, la vida.
Víbora en combustión de sangre fría.
La que desmemoriados recordamos,
la vida.

Y el mármol una piedra con raíces.
Y la salud que nos fumó el tabaco.
Aquí bajo la llaga de la luna
madrejón del aullido en mi canto.

Desde los tembladales del alcohol, en el
hueco
donde la sed masca lana de vidrio
y a tocar fondo
desde que subía
y ondulaba en la luna
el camino.

Aquí donde dejamos una huella,
la sombra del que riega un árbol muerto.
Telarañas visillos de la luna,
perros de manicomio
en este pueblo!

Elegía

a Rubén

Duermes en tu aposento de raíces,
donde todo el desierto te atraviesa
y donde el mármol es un túnel de humo
en que cuaja la leche de las piedras.
(Alguna vez dijimos
conjurando un peligro:
"Que nos trague la tierra").

Y yo aún en la vida, entre los hombres,
en este reñidero de mendigos.
Yo que tanteo el muro,
sus bloques de ceniza
y los espejos ciegos de la noche.

Carta

¡Cartas, papel de olvido!
Yo respondía con la de mi canto
y hasta ni me despido
porque regresaré desde dormido
en esta carta, ¡nadie sabe cuánto!

[Texto de contratapa en la edición original]

Algunos de estos poemas figuran incluidos en una antología personal (Los oficios, Anacreonte, 1987), pero de aquel bosquejo o anticipo de libro resulta hoy este hueco lacerado por la discordia y la nostalgia; a mitad de camino entre el rechazo de lo humano y su exaltación.

Descoyuntada búsqueda entre el gesto crispado y el amor. Hueco en que se transforma aquel esbozo de «Balada de los ancianos», porque si abunda la vejez, con su cortejo de caídas, son más los despeñados en el hondón de su conciencia.

Cuántos derrumbes y atolladeros de por vida, donde fluctúan la demencia y la razón.

Acaso estuvo un día en nuestra mano decidir y nos quedamos entonces en esta cueva, en este hueco de las pesadillas, pero habitable a cambio de ciertas condiciones.

Tales como empeñarnos en derribar esa pared sin gota de cemento que nos separa a todos, pues poco ha de servirnos detenernos, perplejos, a presentir la tos de un bastón en la oscuridad.

Dura misión así la del poema; censor que nos prohíbe llenar carillas con carminados lápices labiales y que nos quiere ensabanados de cal viva.

Que nos recuerda siempre, pero en secreto, sin decírnoslo: Matar el tiempo es ser también suicida.

WA.

Despedida a Walter Adet

Toda lo presagiaba. Toda él era un presagio. Pero a pesar de que podíamos presumirlo desde hace tiempo, nos llegó de golpe la sorpresa: Walter Adet había muerto. Murió viviendo y vivió para la vida: para nosotros y para él.

Su caso es increíble porque nunca acabará de morir completamente. Están sus días sobre la tierra que tanto amó; están sus poemas plenos de savia y generosa lumbre. ¿Acaso la existencia no es eso que jamás se corta, que jamás acaba si quien la lleva consigo es un alma elegida para no extinguirse?

Yo siempre pensé que su poesía está labrada como si fuese un oficio al que se entregó con denuedo, con pasión. Y él lo sabía más que nadie. Pocas veces se ha visto esa persistencia, ese agarrarse a los seres y las cosas como queriendo asirse a su propia tabla de salvación.

Comer, dormir, dejarse estar fueron accidentes menores, si se los compara con su afanosa búsqueda de la belleza. No era sólo inspiración la suya; era trabajo constante. Martillaba la palabra sobre su pequeño yunque de platero. Sabía que cada signo, cada frase no entraba en cualquier intersticio del lenguaje, sino en el lugar que les correspondiera .

Así hizo de su obra un ejemplo para nosotros. Sin malgastar en vano una sola moneda luminosa que, en sus manos de orfebre, era casi la luz del día que pretende escapársenos sin que nos demos cuenta. Hermosa avaricia de no desperdiciar lo inefable, de hacer que aquel tesoro que nos fue legado para la alegría del mundo no desaparezca.

Ayer a la oración me dieron la noticia. Y se encendió de pronto la tarde en un último resplandor; su poesía se convertía desde ese momento en un símbolo de algo que forma parte de lo eterno.

Raúl Aráoz Anzoátegui.

Limache (Salta), 10 de octubre de 1992.

(Palabras pronunciadas en el sepelio de Walter Adet, en nombre de la Comisión Bicameral Examinadora de Obras de Autores Salteños) .

NOTA BIOGRÁFICA

WALTER ADET* nació en la ciudad de Salta, el 3 de diciembre de 1931.

Cursó sus estudios primarios en zonas de frontera con Chile y Bolivia, en escuelas de San Antonio de los Cobres y Campamento Vespucio.

De esos primeros años, recuerda el poeta: «Nací en Salta pero me crié en San Antonio de los Cobres, donde pasé los seis años de la escuela primaria (...) Empecé a escribir versitos en la escuela. Me maravillaban el sonido y el significado de las palabras. Leía novelas de aventuras, cuentos.

Comencé a escribir a los 15 o 16 años. Luego, al escribir se me fue haciendo claro que era una cosa inexorable (...) Viví en Vespucio donde hace cuarenta y cinco años los obreros y sus mujeres caminaban por la calle, y los oficinistas y técnicos por la vereda.»

Sus estudios secundarios los realiza en la ciudad de Salta, en los colegios Salesiano y Nacional. De aquella época sólo recuerda su gran avidez por la lectura y su lucha por destrabar su lenguaje interior que era seco y árido, en su apreciación.

Una vez finalizados éstos, inicia una larga peregrinación por todo el país, desempeñando distintos oficios.

A su regreso a Salta, entabla amistad con Juan Carlos Dávalos, a través de su hijo Ramiro, y se relaciona con otros poetas de su generación como Miguel Angel Pérez y Jacobo Regen. Con ellos se amplía el panorama de lecturas y la comprensión de la poesía.

Por aquellos años, comienza a incursionar en el periodismo en forma gratuita en el diario salteño «El Intransigente». Luego se radica por casi diez años en la Tucumán, donde ejerce como periodista de los diarios: «La Gaceta» y «Noticias». Nuevamente en Salta, y ya dedicado plenamente a su oficio de poeta y ensayista, escribe para el diario «El Intransigente», y posteriormente para el diario: «El Tribuno», y conduce el ciclo radial «Poetas de Salta», espacio cedido por Radio Nacional a la Dirección de Cultura de la Provincia, dejando así un testimonio invalorable de su pasión y de su compromiso al servicio de la cultura.

Recibió las siguientes distinciones: Primer Premio del Salón del Poema Ilustrado del Consejo Provincial de Difusión Cultural de Tucumán, 1965 y 1979.

Primer Premio «Promoción Cultural», organizado por el Diario «El Tribuno», 1969 y 1970.

Primer Premio de Ensayos Literarios de la Dirección de Cultura de Salta, 1969.

Primer Premio Regional de Literatura (post mortem) de la Secretaría de Cultura de la Nación, 1993.

Walter Adet muere en la ciudad de Salta el 9 de octubre de 1992, a los sesenta años.

***** Los datos biográficos de Walter Adet fueron proporcionados por su hija Raquel, para la presente edición.

Los citas textuales del autor han sido extraídas de «Un último diálogo con Walter Adet» de Gregario Caro Figueroa, Diario («El Tribuno», *Agenda Cultural,* Salta, domingo 25 de enero de 1998.

Otros testimonios autobiográficos pueden encontrarse en «Respuestas a *Capítulo*, 1982» (de *El escudo de Dios*, Dirección de Cultura, Salta, 1983).

OBRAS de WALTER ADET

- *En el sendero gris* (sonetos). Salta: Ed. Cepa, 1962.
- *Canciones a una rosa* (plaqueta). Córdoba: Bounicha Editora, 1966.
- *Antología de la poesía tucumana* (selección y prólogo). Revista Norte, Tucumán, 1967.
- *César Vallejo* (ensayo). Salta: Dirección de Cultura, 1969.

El aire que anochece (poemas). Salta: Dirección de·Cultura, 1971.

- *Poesía de Salta* (selección). Salta: Dirección de Turismo, 1971.
- *Poetas y prosistas salteños* (selección y prólogo). Salta: Ed. Limache, 1973.
- *Memorial de Jonás* (poemas). Salta: Ediciones Del Tobogán, 1981.
- *Cuatro siglos de literatura salteña* (selección y prólogo). Salta: Ediciones Del Tobogán, 1981.
- *El escudo de Dios* (ensayos). Salta: Dirección de Cultura, 1983.
- *Biblioteca Provincial Doctor Victorino de la Plaza*. La casa donde vive el espíritu {ensayo histórico). Salta: Imprenta de la Legislatura, 1983.
- *La casa donde soy* (poemas). Salta: Edición del Círculo Médico de Salta, 1984.
- *Los oficios* (antología de poemas). Salta: Ediciones Anacreonte, 1987.
- *El Hueco* (poemas), edición póstuma. Madrid: Ediciones Verbum, 1992 y Salta: Comisión Bicameral Examinadora de Obras de Autores Salteños, 1992.

Poemas suyos figuran en las siguientes antologías:

- *Evolución del soneto en la Argentina*, de Roberto Ledesma. Buenos Aires, 1962.

- *Antología*. Panorama Poético Salteño, de Raúl Aráoz Anzoátegui. Salta: Ed. Limache, 1963.
- *La literatura del Noroeste Argentino,* de David Lagmanovich. Rosario: Editorial Biblioteca, Biblioteca Popular Constancia C. Vigil, 1974.
- *Antología de la Poesía Argentina*, de Raúl Gustavo Aguirre. Buenos Aires: Fausto, 1979.
- *Poesía Argentina Contemporánea*. Buenos Aires: Fundación para la Poesía Argentina, 1982.
- *Poesía del Noroeste Argentino Siglo XX*, de Santiago Silvester. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 1996.

Epub Validado: http://validator.idpf.org/

EPUB Validator (beta)
Results

Detected version: EPUB 2.0
Results: Congratulations! No problems were found in adet_poesia_completa.epub

ibuk
Biblioteca de Poesia